

NEW LEFT REVIEW 138

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2023

ARTÍCULOS

DYLAN RILEY & ROBERT BRENNER	Siete tesis sobre la política estadounidense	7
VOLODYMYR ISHCHENKO	¿Voces ucranianas?	33
CÉDRIC DURAND	El fin de la hegemonía financiera	45
PHILIP CUNLIFFE	Los significados del Brexit	65
CHRISTOPHER BICKERTON	Pensando como un Estado-miembro	75
THOMAS MEANEY	Las fortunas del <i>Green New Deal</i>	89

ENTREVISTA

TARIQ ALI & ERNEST MANDEL	En el centenario de Ernest Mandel	117
---------------------------	-----------------------------------	-----

ARTÍCULOS

CAITLÍN DOHERTY	Entre el ego y la libido	125
EKAITZ CANCELA & PEDRO M. REY-ARAÚJO	El experimento de Podemos	141

CRÍTICA

SUSAN WATKINS	¿El imperio de los hechos?	167
MICHAEL CRAMER	Viento del Este	179
HARRIET FRIEDMANN	Los futuros de la agroganadería	189

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



¿VOCES UCRANIANAS?

ÚLTIMAMENTE SE HABLA mucho de la «decolonización» de Ucrania. Por decolonización se entiende la eliminación de la cultura y la lengua rusas de la esfera pública y del sistema educativo ucranianos. A los decolonizadores más radicales, que también se encuentran en Occidente, les gustaría ver cómo la Federación Rusa se desintegra en múltiples Estados más pequeños para terminar el proceso de colapso de la Rusia imperial, que comenzó en 1917 y no se completó hasta 1991 con la disolución de la URSS. En el contexto universitario, «decolonización» también puede significar «descolonizar» el pensamiento de las ciencias sociales y de las humanidades, cuya aproximación al conjunto de la región postsoviética se considera penetrado y distorsionado por una forma prolongada de imperialismo cultural ruso.

Cuando se produjo la mayor oleada de descolonización de la historia moderna tras la Segunda Guerra Mundial, el planteamiento era diferente. En aquella época, la descolonización significaba no solo el derrocamiento de los imperios europeos, sino también, y de manera crucial, la construcción de nuevos Estados desarrollistas en los antiguos países coloniales, dotados de un sector público robusto y de industrias nacionalizadas destinadas a sustituir los desequilibrios acarreados por la economía colonial mediante programas de sustitución de importaciones. Las contradicciones y los fracasos de estas estrategias se exploraron en términos netamente marxistas en las teorías del subdesarrollo, la dependencia de la deuda y el análisis del sistema-mundo capitalista. En la actualidad, se propone la «decolonización» de Ucrania y de Rusia en un contexto en el que el neoliberalismo ha sustituido a las políticas desarrollistas del Estado y los «estudios poscoloniales» posestructuralistas han

desplazado a las teorías de la dependencia neoimperialista. La liberación nacional ya no se entiende como algo intrínsecamente ligado a la revolución social, que cuestiona las bases del capitalismo y del imperialismo, sino, por el contrario, como un proceso que se verifica en el contexto de las «revoluciones deficientes» similares a la de Maidan, que ni logran la consolidación de la democracia liberal, ni erradican la corrupción. Si consiguen derrocar regímenes autoritarios y «empoderar» a las ONG representativas de la sociedad civil, también pueden debilitar el sector público y aumentar los índices de delincuencia, la desigualdad social y las tensiones étnicas¹.

No es de extrañar, por lo tanto, que hablar de la «decolonización» de Ucrania tenga tanto que ver con los símbolos y la identidad y tan poco con la transformación social. Si lo que está en juego es la defensa del Estado ucraniano, ¿qué tipo de Estado es este? Hasta el momento, la «decolonización» de Ucrania no ha dado lugar a políticas económicas intervencionistas estatales más sólidas, sino que ha sucedido casi precisamente lo contrario. Paradójicamente, a pesar de los imperativos objetivos de la guerra, Ucrania está efectuando privatizaciones, bajando los impuestos, eliminando la legislación laboral protectora y favoreciendo a las corporaciones internacionales «transparentes» frente a las empresas nacionales «corruptas»². Los planes presentados para la reconstrucción de posguerra no parecían un programa para construir un Estado soberano más fuerte, sino una presentación comercial dirigida a los inversores extranjeros dispuestos a iniciar un nuevo proyecto empresarial; o al menos, ea fue la impresión que dieron los ministros ucranianos en la Conferencia para la Recuperación de Ucrania celebrada en Lugano el verano pasado. Hay quien espera ingenuamente que el «anarquismo de guerra», basado en el preciado voluntariado horizontal que ha florecido desde la invasión rusa, sustituya al «socialismo de

¹ Como Mark R. Beissinger ha establecido a partir de una enorme masa de datos cuantitativos; véase Mark R. Beissinger, *The Revolutionary City: Urbanization and the Global Transformation of Rebellion*, Princeton (NJ), 2022. Sobre las «revoluciones deficientes», véase Volodymyr Ishchenko y Oleg Zhuravlev, «How Maidan Revolutions Reproduce and Intensify the Post-Soviet Crisis of Political Representation», PONARS, 18 de octubre de 2021.

² Anna Jikhareva y Kaspar Surber, «Ukraine Shouldn't Become a Neoliberal Laboratory», *Jacobin*, 17 de septiembre de 2022; Peter Korotaev, «Ukraine's War Economy Is Being Choked by Neoliberal Dogmas», *Jacobin*, 14 de julio 2022; Luke Cooper, «Market Economics in an All-Out-War?», London School of Economics Research Report, 1 de diciembre de 2022.

guerra», de eficacia probada³. Evaluaciones más sobrias advierten de las condiciones que se están creando para la fragmentación del Estado y el surgimiento de una economía política de la violencia. Queda por ver qué hará el gobierno ucraniano con los activos industriales recientemente nacionalizados de determinados oligarcas –devolverlos a sus antiguos propietarios, pagar indemnizaciones o reprivatizarlos al capital transnacional–, pero es muy poco probable que formen la columna vertebral de un sector público de posguerra más fuerte. Con toda probabilidad, seguirán siendo medidas realmente limitadas concebidas para responder a las crisis de sectores específicos⁴.

La «decolonización» ucraniana se reduce, pues, a eliminar todo lo relacionado con la influencia rusa en la cultura, la educación y la esfera pública. A partir de este planteamiento, se intensifican las voces que articulan la especificidad ucraniana, lo cual a su vez se combina con los ataques dirigidos contra –o, como en el caso de la prohibición de once partidos políticos por parte de Zelensky en marzo de 2022, la represión de– las posiciones de quienes se oponen a este proceso o simplemente contra quienes son etiquetados, normalmente de forma engañosa, como «prorrusos». De este modo, la «decolonización» de Ucrania se convierte en una versión de la consabida política de la identidad (nacional), es decir, una política centrada en la afirmación de la pertenencia a un determinado grupo esencializado, dotado de una experiencia común proyectada. En este sentido, gracias al creciente interés mundial por Ucrania, pero también al desplazamiento físico de ciudadanos y ciudadanas ucranianos a los países occidentales en los que pueden participar más activamente en los debates internacionales, los académicos, intelectuales y artistas ucranianos y ucranianas se enfrentan a un dilema. O nos dejamos incorporar como una «voz» más en el ámbito muy específico de la política de identidad institucionalizada en Occidente, donde los ucranianos no seríamos más que la última incorporación a la larga cola de una miríada de otras voces minoritarias, o, por el contrario, partiendo de la tragedia de Ucrania, nos proponemos articular cuestiones de relevancia global, buscar soluciones a las mismas y contribuir al conocimiento humano universal. Paradójicamente, esto requiere un compromiso con Ucrania mucho más profundo y genuino que el actual.

³ Aris Roussinos, «Did Ukraine Need a War?», *UnHerd*, 1 de julio de 2022.

⁴ L. Cooper, «Market Economics in an All-Out-War?», cit.

¿Reconocimiento para quién?

Los críticos de la política identitaria contemporánea señalan la existencia de una contradicción fundamental: «¿Por qué buscamos el reconocimiento de las mismas instituciones que rechazamos como opresoras?»⁵. Las situaciones de opresión a las que se enfrentan las mujeres, la población negra y otros colectivos implican complejas relaciones sociales, instituciones e ideologías, que se reproducen en la trama y urdimbre de las relaciones capitalistas. Los movimientos de liberación de la población negra, los homosexuales y las mujeres surgidos en las décadas de 1960 y 1970 lucharon para desafiar el orden social opresivo en su conjunto. Aunque estas relaciones opresivas persisten, la cuestión de la emancipación universal hace tiempo que desapareció de la escena; en su lugar, las políticas de la identidad contemporáneas sirven para amplificar determinadas voces particulares, que se consideran dignas de representación únicamente en función de su particularidad. En lugar de la redistribución social, esta política reivindica principalmente el reconocimiento dentro de instituciones que no son puestas en cuestión⁶. Además, dado que los grupos que la política de identidad tiende a esencializar son siempre internamente diversos, esta amplifica inevitablemente las voces más privilegiadas que están legitimadas para hablar en nombre del grupo oprimido al que puede que no representen realmente. De este modo, este planteamiento tiende a reproducir e incluso a legitimar desigualdades sociales fundamentales.

No es preciso señalar que no es el reconocimiento ruso lo que busca la política de la identidad ucraniana. La idea de hablar con los rusos, incluso con los rusos inequívocamente contrarios a Putin y a la guerra, es atacada constantemente. Como dijo un político ucraniano, «los rusos buenos no existen»⁷. La política de la identidad ucraniana apunta principalmente, por el contrario, a Occidente al que se considera culpable de permitir la invasión rusa, de comerciar con Rusia, de «mostrarse condescendiente» con el régimen de Putin, de proporcionar un apoyo insuficiente a Ucrania y de reproducir las narrativas imperialistas rusas

⁵ Chi Chi Shi, «Defining My Own Oppression: Neoliberalism and the Demand of Victimhood», *Historical Materialism*, vol. 26, núm. 2, 2018.

⁶ Nancy Fraser, «From Redistribution to Recognition? Dilemmas of Justice in a “Post-Socialist” Age», *NLR* 1/212, julio-agosto de 1995.

⁷ Iryna Podolyak, «Why Russians Are to Blame for Putin», *Visegrad/Insight*, 16 de marzo de 2022.

sobre Europa del Este⁸. Sin embargo, aunque Occidente sea culpable del sufrimiento de Ucrania, ello podría redimirse con relativa facilidad proporcionando un apoyo incondicional a «lo ucraniano» y mostrando un rechazo incondicional de «lo ruso». Para esta política, el problema es el imperialismo ruso, no el imperialismo en general. La dependencia de Ucrania de Occidente tiende a no problematizarse en absoluto.

Los ucranianos, por lo tanto, deberían ser aceptados como una parte orgánica e indispensable del mundo occidental civilizado. De hecho, los ucranianos resultan ser no solo iguales que los occidentales, sino incluso mejores que ellos. Al defender la frontera de la civilización occidental, al morir y sufrir por los valores occidentales, los ucranianos son más occidentales que quienes viven en Occidente⁹. Sin embargo, si se valora a los ucranianos principalmente por hallarse en la primera línea de la guerra con Rusia, ¿qué contribución positiva podría hacer el país, más allá de ser más consecuentemente antirruso? ¿Se trata únicamente del reconocimiento en las mismas estructuras occidentales, que no son objeto de cuestionamiento alguno, en cuyo seno se pretende reproducir más de lo mismo? ¿Hay algo más, aparte de vencer eventualmente a Rusia en el campo de batalla? Existen indicios en ambas direcciones que merece la pena analizar: Occidente mira a Ucrania y los ucranianos miran a Occidente. En particular, ambos polos hablan de cosas diferentes. La mirada occidental sobre la política ucraniana suele adoptar una forma dicotómica. Los aspectos malos, cuando no se perciben como resultado directo de la maliciosa influencia de Rusia, proceden sobre todo de las elites locales y de la «corrupción». Los aspectos buenos provienen de la sociedad civil ucraniana, que (¡sorpresa!) suele mostrar un sólido apoyo a «Occidente» al tiempo que recibe con frecuencia el generoso apoyo de los donantes occidentales, contribuyendo así, por supuesto, a la autoestima occidental.

Hay quien afirma incluso que la invasión rusa ha tenido un efecto democratizador positivo en Ucrania¹⁰. Antes se solía hablar precisamente de lo contrario: se reconocían las tendencias represivas de la política ucraniana, pero la culpa era de la amenaza rusa. ¿Qué podía esperarse de un país que sufría una agresión externa? Ojalá fuera cierta la historia

⁸ Olesya Khromeychuk, «Where is Ukraine?», RSA, 13 de junio de 2022.

⁹ George Packer, «Ukrainians Are Defending the Values Americans Claim to Hold», *The Atlantic*, octubre de 2022.

¹⁰ Nataliya Gumenyuk, «Russia's Invasion Is Making Ukraine More Democratic», *The Atlantic*, 16 de julio de 2022.

de la democratización en tiempos de guerra. Existen algunas encuestas que demuestran que cada vez más ucranianos apoyan los valores democráticos en las urnas; no menos numerosas son las pruebas de que los ucranianos siguen prefiriendo un líder fuerte a un sistema democrático y que no toleran la disidencia en tiempos de guerra¹¹. Los ucranianos respondieron a la invasión con un estallido de ayuda mutua y cooperación horizontal, pero, ¿es esto atípico en una sociedad sometida a una amenaza existencial? Si el voluntariado ucraniano se institucionalizará después de la guerra y cómo lo hará es una gran incógnita; la anterior oleada de voluntariado registrada al comienzo de la guerra del Donbas en 2014 resultó estar impulsada por iniciativas personalistas informales y no sirvió de mucho para sostener una sociedad civil organizada¹². Mientras tanto, la política ucraniana continúa desenvolviéndose en un segundo plano, proscribiendo partidos de la oposición, monopolizando las emisiones de televisión, ejerciendo un vigilantismo que suele quedar impune, ampliando las bases de datos de «traidores», algunas financiadas por donantes estadounidenses, y atacando a quienes disienten del consenso patriótico. ¿Realmente estamos ahora en condiciones de dar lecciones de democracia y activismo cívico? Algunos oligarcas ucranianos se han visto debilitados, mientras cohetes, drones y artillería llueven sobre sus propiedades y sus cadenas de televisión emiten contenidos gubernamentales y sus leales diputados votan al unísono con el partido propresidencial. Pero aunque estos oligarcas no recuperen el poder tras la guerra, parece mucho menos probable que su lugar sea ocupado por el pueblo ucraniano autoorganizado que por el capital transnacional, el régimen personalizado de Zelensky y el delgado *gratin* de la sociedad civil de las ONG.

¿O debería el mundo aprender de nuestra economía? Esta es en realidad una opinión que surge de la mirada ucraniana hacia Occidente. Los refugiados ucranianos de clase media que han empezado una nueva vida en la UE el pasado año difunden historias mordaces en las redes sociales sobre la anticuada burocracia europea y su «pobre» prestación de servicios. Pero lo que hay detrás de ese «mejor» sector de servicios ucraniano son los salarios más bajos de Europa y una protección cada vez peor de

¹¹ US National Democratic Institute, «Opportunities and Challenges Facing Ukraine's Democratic Transition», agosto de 2022; Iryna Balachuk, «Majority of Ukrainians Want Strong Leader, Not Democracy during War-КМ1S», *Ukrainska Pravda*, 18 de agosto de 2022.

¹² Anton Oleinik, «Volunteers in Ukraine: From Provision of Services to State- and Nation-Building», *Journal of Civil Society*, 18 de septiembre de 2018.

los derechos laborales. La digitalización de Ucrania ha avanzado, pero se trata de la típica ventaja del rezagado: Ucrania se vio obligada a digitalizarse, porque las instituciones estatales han sido muy ineficaces, otra razón por la cual es necesario un volumen tan elevado de voluntariado y de ayuda internacional. Las respuestas de emergencia difícilmente son, sin embargo, una solución a largo plazo.

Eso es todo. Estas no son las únicas ventajas de Ucrania; esta no es la razón por la que las elites occidentales se preocupan tanto actualmente por Ucrania. En Occidente, de hecho, se ha producido una especie de déficit de legitimidad, que ha ido en aumento durante la última década, y cuyos síntomas incluyen la disminución de las tasas de apoyo a los partidos tradicionales, el auge de los movimientos populistas y el uso de nuevas formas de protesta basadas en la acción directa –Black Lives Matter, MeToo– por parte de los oprimidos. En cierto sentido, todas estas formas de protesta son respuestas a la crisis de representación. Todo el mundo dice ahora: «Vosotros –políticos, elites globales, blancos, hombres– no nos representáis. No podéis hablar por nosotros o nosotras». Históricamente, los principales Estados occidentales han logrado neutralizar estas críticas mediante la inclusión formalista de miembros seleccionados de los grupos marginados, una «solución» que excluía desafío alguno de mayor envergadura al orden existente. Desde el punto de vista universal de los oprimidos, esta solución simbólica siempre fue deficiente; aliviaba la crisis de representación sin resolverla.

Hoy en día la resistencia ucraniana es explotada de forma muy similar para dotar de mayor credibilidad a la superioridad occidental. Se presenta a los ucranianos luchando y muriendo por lo que demasiados occidentales ya no creen. La noble lucha aporta (literalmente) sangre nueva a sus instituciones en crisis, envuelta en una retórica «civilizatoria» cada vez más identitaria. Los líderes occidentales hacen repetidos llamamientos a la unidad contra la amenaza rusa. Obviamente, existen diferencias sustanciales respecto de los regímenes políticos de Rusia, China o Irán. Sin embargo, la representación de la guerra en Ucrania como un conflicto ideológico –democracia contra autocracia– funciona mal. Las incoherencias del tratamiento de Rusia, por un lado, y Turquía, Arabia Saudí e Israel, por otro, son demasiado grandes. Putin, por su parte, también ha intentado instrumentalizar la narrativa de la «decolonización», presentando la anexión de las regiones del sudeste de Ucrania efectuada en septiembre de 2022 como una lucha justa contra

las elites occidentales, que saquearon buena parte del mundo y siguen amenazando la soberanía y las culturas «tradicionales» de otros Estados. Pero, ¿qué puede ofrecer Putin al Sur global más allá de reconocer a sus «representantes» como iguales a las elites occidentales, basándose en sus autoproclamadas identidades? Las elites occidentales intentan salvar el desvinculado orden internacional; las elites rusas intentan revisarlo para conseguir un lugar mejor en un hipotético nuevo orden. Ninguna de las dos puede explicar con claridad, sin embargo, cómo gana exactamente el resto de la humanidad con cualquiera de ambos resultados. Esto es a lo que puede asemejarse la «multipolaridad»: la multiplicación de identidades nacionales y civilizatorias, definidas unas frente a otras, pero carentes de cualquier potencial universal.

El significado universal de Ucrania

La cuestión para los ucranianos es si formar parte de esta escalada auto-destructiva de la política de la identidad es realmente lo que necesitamos. Este año se ha producido una enorme oleada de actos, paneles y sesiones relacionados con Ucrania, Rusia y la guerra, lo cual ha generado una gran demanda de «voces ucranianas» en estos debates. Sin duda, los académicos, artistas e intelectuales ucranianos deberían ser incluidos en los debates internacionales y no solo para hablar de Ucrania. El problema, sin embargo, no es la cantidad, sino la calidad de dicha inclusión. Hemos visto cómo se legitiman argumentos desfasados, como los del nacionalismo primordial, extrañamente combinados con reivindicaciones teleológicas de la superioridad de la democracia liberal¹³. Ya podemos ver el fenómeno de la participación superficial, típico de la política identitaria contemporánea, cuando la inclusión simbólica de «voces ucranianas» no significa revisar las estructuras del conocimiento alineadas con los intereses de las elites occidentales, más allá de agudizar su culpabilidad por mostrarse condescendientes con Rusia. Además, la representación formalista de «voces ucranianas» ritualizadas contribuye a silenciar otras «voces» de Ucrania que no son tan fáciles de instrumentalizar. ¿De verdad debemos creer que los intelectuales angloparlantes y con conexiones con Occidente, que suelen trabajar en Kiev o Leópolis, y que a menudo incluso se conocen personalmente, representan la diversidad de una nación de 40 millones de habitantes?

¹³ Alexander Maxwell, «Popular and Scholarly Primordialism: The Politics of Ukrainian History during Russia's 2022 Invasion of Ukraine», *Journal of Nationalism, Memory and Language Politics*, vol. 16, núm. 1, octubre de 2022.

La solución, obviamente, no es incluir aún más «voces», sino romper con la lógica fundamentalmente errónea de la escalada de la política de identidad nacional. Anteriormente, se había verificado una relación claramente colonial entre los académicos occidentales y los académicos de Europa del Este, incluidos los ucranianos. Los académicos de los países del Este solíamos ser los proveedores de datos y conocimientos locales, que teorizaban los académicos occidentales, quienes luego recogían la mayor parte de los frutos de la fama intelectual internacional. El repentino interés por Ucrania y el momento de la «decolonización» ofrece la oportunidad de revisar esta relación.

La política de la identidad es un juego contraproducente en sí mismo. Ser reconocidos solo por nuestra «ucranianidad» significa que volveremos a ser marginados en el próximo reajuste geopolítico. En lugar de pretender ser las «voces» de un pueblo al que no podemos representar verdaderamente, es decir, al que no podemos rendir cuentas, debemos aspirar a que se nos incluya en función de las aportaciones que podamos hacer a los problemas universales a los que se enfrenta la humanidad en medio de una intensificación de las crisis políticas, económicas y medioambientales. Un conocimiento profundo de Ucrania y de toda la región postsoviética puede ser especialmente útil en este sentido, porque algunas de las consecuencias más perjudiciales de estas crisis se han manifestado en nuestra región de las formas más agudas y trágicas.

Por ejemplo, ¿cómo podemos discutir sobre las revoluciones cívicas contemporáneas, que están estallando en todo el mundo a una velocidad acelerada sin Ucrania, el país en el que se produjeron tres revoluciones durante la vida de una generación, que apenas aportaron cambios revolucionarios? Estas revoluciones encarnan en su forma más intensa las contradicciones de las movilizaciones mal organizadas, que tienen objetivos vagos y un liderazgo débil; se trata de los mismos problemas con los que se han topado las respuestas populistas a la crisis occidental de la representación política¹⁴. Los partidos de la oposición llegaron al poder en medio de grandes expectativas de cambio, pero habitualmente no lograron siquiera comenzar la implementación de reforma importante alguna. Durante décadas, Ucrania ha estado dominada por la política cínica de «oligarcas» rivales», que ha cosechado niveles de confianza

¹⁴ Mark Beissinger, «Revolutions Have Succeeded More Often in Our Time, but Their Consequences Have Become More Ambiguous», CEU Democracy Institute, 8 de abril de 2022.

en el gobierno mínimos, situación que acabó por aupar al poder con el asombroso 73 por 100 de los votos a una estrella de la televisión, que era un completo novato en política. ¿Suena esto familiar? ¿O qué decir de la relevancia de la célebre «división regional» entre las regiones «orientales» y «occidentales» de Ucrania respecto a las preocupaciones sobre la creciente polarización registrada en Estados Unidos o en el Reino Unido tras el Brexit? Los ucranianos –y, por supuesto, los europeos del Este en general– han vivido con instituciones de salud pública sistemáticamente infrafinanciadas mucho antes de que la pandemia de la COVID-19 convirtiera este hecho en un problema ampliamente reconocido.

Estos son solo algunos de los temas que permitirían una desprovincialización más productiva de los debates sobre Ucrania, la cual no debería hacernos vulnerables a las acusaciones de un «ucranianismo que lo explica todo», es decir, de la expansión infundada de marcos regionales específicos a contextos en los que no encajan bien. Durante los años de formación de las ciencias sociales clásicas, un pequeño número de países sirvieron como casos paradigmáticos para explorar procesos fundamentales. Inglaterra constituyó el modelo para enmarcar los debates sobre la aparición del capitalismo, mientras que Francia fue el ejemplo más destacado de la dinámica de la revolución social. Los conceptos de terrorismo y bonapartismo ayudaron a esclarecer la dinámica de los regímenes políticos de muchos otros países. Italia nos regaló los conceptos de revolución pasiva y fascismo.

Estos fueron los modelos del periodo de la expansión progresiva y la modernización del capitalismo. Sin embargo, si ahora el mundo está experimentando una crisis multidimensional de la que no se ve salida alguna, ¿no deberíamos buscar los casos paradigmáticos en otras partes del mundo, precisamente en aquellas que han experimentado tendencias de crisis similares, anteriores y más profundas? Por ejemplo, el país que saltó de la periferia agraria europea a la vanguardia de la exploración espacial y la cibernética en el lapso de solo dos generaciones y que luego, en el curso de la vida de la generación siguiente, se convirtió en el país más septentrional del Sur global, habiendo conocido la caída más brusca del PIB hasta entonces registrada y una guerra devastadora; el país que voló a las estrellas y que ahora puede ser bombardeado y retrotraído a la Edad Media. Hace treinta años, creíamos que los países postsoviéticos alcanzarían a Europa Occidental y que Ucrania sería como Finlandia o Francia. A mediados de la década de 1990, moderamos nuestras

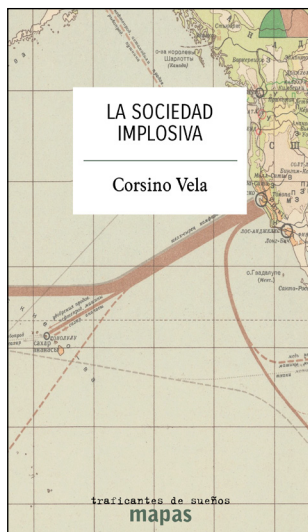
ambiciones y nos propusimos más bien alcanzar a Polonia o Hungría. Sería una exageración decir que Occidente aún está lidiando con la auto-destrucción de los países postsoviéticos; pero resulta plausible afirmar que nosotros tal vez podríamos ser su futuro y no Occidente el nuestro.

La apelación a considerar Ucrania como un caso paradigmático de la crisis mundial de gran alcance actualmente en curso requiere una perspectiva completamente diferente del propio país. Significa abandonar la manida historia de la modernización postsoviética de corte liberal y teleológico, que bajo el disfraz de la «decolonización» nos exige interiorizar una posición colonial muy inferior. Por el contrario, tenemos que reconocer que podríamos estar orgullosos de haber formado parte en algún momento de un movimiento universal. Ucrania fue crucial para la mayor revolución social y el mayor avance modernizador de la historia de la humanidad nunca acontecidos. En Ucrania tuvieron lugar algunas de las batallas más importantes de la Segunda Guerra Mundial. Millones de civiles y soldados ucranianos del Ejército Rojo contribuyeron con enormes sacrificios a derrotar a la Alemania nazi. Ucrania fue un centro de arte y cultura vanguardistas de renombre mundial. Los asesinatos en masa y el autoritarismo del régimen socialista de Estado son universalmente reconocidos, pero explotarlos para depreciar la magnitud de los logros soviéticos es considerar que el trabajo, la sangre y el sufrimiento ucranianos carecen de sentido. Además, permite a Putin seguir instrumentalizando la historia soviética no solo ante la opinión pública nacional, sino también ante las opiniones públicas mundiales, que observan la guerra en curso no a través de los ojos de las elites occidentales, sino a través de los ojos de aquellos a los que estas han oprimido durante siglos. Debemos reivindicar plenamente nuestro pasado para reivindicar un futuro mejor. La raquíta agenda de la «decolonización», reducida a políticas identitarias antirrusas y anticomunistas, solo hace más difícil expresar una perspectiva universalmente pertinente sobre Ucrania, con independencia de cuantos sean los ucranianos que simpatizan con ella.

traficantes de sueños

www.traficantes.net

C/Duque de Alba 13, 28012. Madrid



La sociedad implosiva

Corsino Vela

Colección: map 75

PVP: 12 €

La sociedad implosiva defiende una tesis atrevida: el capitalismo ha entrado en una fase terminal, seguramente definitiva. La crisis civilizatoria no es, por tanto, un horizonte de futuro; es nuestra realidad presente. Escrito en forma de breves tesis, las cerca de setecientas aseveraciones que nos ofrece este volumen analizan con solidez teórica los pilares del sistema capitalista, para llegar a la conclusión de que, incapaz ya de cumplir los propósitos que el mismo sistema estima como básicos, contemplamos ahora su progresiva degradación. Esto supone la emergencia de nuevos paradigmas económicos y políticos de dominación, pero también la formación de renovadas comunidades igualitarias surgidas del antagonismo al trabajo asalariado y de la autonomía de las luchas. En cualquier caso, el reto para la población proletarizada de todo el planeta consiste en saber enfrentar el colapso del capitalismo sin retomar los caminos trillados de una izquierda que comparte demasiado con aquello que ahora es necesario superar.